

Costrucción del discurso subalterno en la novela testimonial *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska

GRETTEL MARIANA ARIAS OROZCO
Escuela de Formación Docente
Universidad de Costa Rica

Resumen

El presente artículo explora las voces enunciativas a partir de las cuales se construye el sujeto subalterno, representado en el personaje de Jesusa Palancares en el texto *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska, en el contexto de enunciación de la Revolución mexicana. De este modo, gracias a la mediación de la autora, la subalternidad logra romper con las ataduras de las que históricamente ha sido víctima, apoderándose así de la palabra. En esta novela, por consiguiente, se ve la presencia de lo que García Canclini (1997) ha llamado una política del reconocimiento y Poniatowska, como voz letrada, ha cumplido con el objetivo propuesto por Spivak (2003), en cuanto re-presenta la subalternidad sin apoderarse de sus palabras. Así las cosas, en este artículo se ejemplifica cómo en *Hasta no verte Jesús mío* se establece un diálogo interno entre la voz letrada y la voz subalterna que impera a través del texto y es gracias a este diálogo que Jesusa Palancares logra construirse como un sujeto pleno.

Palabras claves: Elena Poniatowska, subalternidad, voz enunciativa, novela testimonial, novela mexicana

Abstract

This article explores the enunciative voices from which the subordinate subject is built in the character of Jesusa Palancares in the text *Hasta no verte Jesús mío* by Elena Poniatowska, and from its context of enunciation:

the Mexican Revolution. Thus, thanks to the author's mediation, the subalternity manages to break out from the bonds it has historically been victim, seizing the word. In this novel, therefore, we can see the presence of what García Canclini (1997) has called a politics of recognition and Poniatowska, as a literate voice, has fulfilled the objective proposed by Spivak (2003), insofar as it re-presents the subalternity, without taking his or her words. Consequently, in this article it is exemplified how in *Hasta no verte Jesús mío* there is an internal dialogue between the literate voice and the subordinate voice that prevails through the text and it is thanks to this dialogue that Jesusa Palancares manages to be built as a full subject.

Key words: Elena Poniatowska, subalternity, enunciative voice, testimonial novel, Mexican novel

1. Introducción

El presente artículo se centra en el texto titulado *Hasta no verte Jesús mío*, publicado en 1969, novela donde se relatan las vivencias de María de Jesús Palancares, mejor conocida a lo largo de la novela como Jesusa Palancares. La narración inicia durante los años de su niñez y finaliza cuando ya es una anciana en espera de la llamada de Dios a su lado; de ahí que el texto haya sido visto frecuentemente como un ejemplo del *Bildungsroman* y del entrecruzamiento de géneros. El contexto en el que se desarrolla la vida de esta mujer es de vital importancia debido a que este personaje crece durante los años de la Revolución mexicana, época que la voz enunciativa se dedicará a desentrañar durante todo el relato.

Cabe destacar que esta novela no es ficcional, pues está basada en la vida de Josefina Bórquez, a quien Elena Poniatowska conoce en 1964:

(...) escucha a una mujer gritar desde la azotea de un edificio de la Ciudad de México. Es Josefina Bórquez,

una lavandera que le descubrirá el inframundo de la capital. Elena empieza a reunirse con ella cada miércoles, de 4 a 6. Le hace preguntas que transcribe concienzudamente cuando regresa a casa. De estos diálogos nacerá la amistad entre las dos mujeres y la novela antropológica (denominada así por el crítico Emmanuel Carballo) *Hasta no verte, Jesús mío*, publicada en 1969. Josefina (Jesusa en la novela) guiará a Elena hacia su propia feminidad y hacia su mexicanidad. (Herrero, 2008, 166)

Por consiguiente, resulta de especial interés abordar el tema de la construcción de la subalternidad a partir de la novela testimonial *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska, debido a que este texto presenta a un sujeto subalterno que, gracias a la mediación de la autora, logra romper con las ataduras de las que históricamente ha sido víctima, y logra apoderarse de la palabra. En esta novela, por consiguiente, se ve la presencia de lo que García Canclini (1997) ha llamado una política del reconocimiento y Poniatowska, como voz letrada, ha cumplido con el objetivo propuesto por Spivak (2003), en cuanto

representa la subalternidad, sin apoderarse de sus palabras. En *Hasta no verte Jesús mío* hay un diálogo interno entre la voz letrada y la voz subalterna que impera a través del texto; debido a este diálogo, Jesusa Palancares logra construirse como un sujeto pleno que se configura a partir de su contexto de enunciación: la Revolución mexicana. Elena Poniatowska construye al personaje principal mediante la confluencia de tres voces enunciativas (Elena Poniatowska, Josefina Bórquez y Jesusa Palancares); por ello, es posible visualizar la voz del subalterno en las zonas de conflicto e intersecciones. En otras palabras, Jesusa Palancares adquiere validez y reconocimiento histórico porque Elena Poniatowska hace uso de una política de reconocimiento, con la cual esta novela adquiere un estatuto de testimonio sobre las experiencias vividas de la protagonista durante la época de la Revolución mexicana.

Cabe destacar que en esta novela testimonial se hace una relectura de la Revolución mexicana, a partir de la cual se desmitifican los ideales, los mitos y presupuestos en los que se ha basado la historia. Este contexto define a Jesusa como sujeto subalterno. Por ello, en este escrito, se establecen los rasgos de la subalternidad y la marginalidad que imperan en el texto, ya que es a partir de este contexto de enunciación que la voz enunciativa intenta desenmascarar la construcción utópica de la Revolución mexicana y la misma nacionalidad e identidad mexicana; por tanto, primeramente, se detallan las estructuras lingüísticas y el léxico pertenecientes al registro de la oralidad y se describe al personaje principal como un ser marginal, pobre, hambriento, que sufre opresión

y agresiones por parte de los grupos hegemónicos y de los mismos grupos que integran la periferia. En segundo lugar, se describe el triple proceso de enunciación (informante, mediadora y personaje literario) mediante el cual Elena Poniatowska construye a Jesusa Palancares y se discute su efecto en el texto como totalidad. Finalmente, se indica la relación que existe entre este triple proceso de enunciación, la oralidad, marginalización y la desmitificación de la Revolución mexicana como contexto de enunciación.

2. Algunos referentes teóricos

2.1. ¿Puede hablar el sujeto subalterno? De Gayatri Chakravorty Spivak

En 1988, Spivak plantea la pregunta de si puede hablar el subalterno. En este ensayo, la autora emplea el término “subalterno” para referirse a las clases subalternas, especialmente al proletariado rural; se trata en palabras de Spivak de quien es visto como:

Poseedor de una política de oposición auténtica que no depende de y se diferencia de manera radical el movimiento nacionalista. Para este grupo “subalterno” se refiere específicamente a los grupos oprimidos y sin voz; el proletariado, las mujeres, los campesinos, aquellos que pertenecen a grupos tribales. (2003, 299)

El argumento de Spivak es que el subalterno ha sido un sujeto silenciado en la narrativa capitalista, quien habla físicamente pero “su habla no adquiere status dialógico”; es decir, “no es un sujeto que ocupa una posición discursiva

desde la que puede hablar o responder” (2003: 299). Por ello, agrega que la tarea del intelectual no debe ser hablar por el subalterno, ya que esto implica proteger y reforzar la “subalternidad” y la opresión sobre ellos. De hacerlo, también estarían a favor de la dominación y el silenciamiento de la que ha sido víctima el subalterno, por lo que se estaría negando, a la vez, a los posibles espacios o posiciones desde los que puede hablar la alteridad.

Otro concepto relevante es el de “violencia epistémica”. Spivak (2003) indica que se trata de la forma constitutiva de ejercer el poder simbólico mediante el atropello o dominación que se da a partir del monopolio de la producción de conocimiento. Para la autora el más claro ejemplo de violencia epistémica es el proyecto de constituir el sujeto colonial como al Otro, como “la obliteración asimétrica de ese Otro en su precaria Subjetividad”, como “conocimiento subyugado”, en suma, “un conjunto total de conocimientos que han sido descalificados como inadecuados para su tarea o insuficientemente elaborados: conocimientos ingenuos, localizados en la parte baja de la jerarquía, por debajo del nivel requerido de cognición o científicidad” (317). De esta manera, lo que una vez fue una explicación y una narrativa de la realidad son establecidas ahora como la norma; es decir, se trata de una versión de la historia que fue gradualmente establecida como la norma, por lo cual esa interpretación es la que se valida y se conserva en la sociedad.

El énfasis de la interrogante que plantea Spivak recae en la pregunta de quiénes tienen el monopolio del saber, pues son estos quienes le dan voz al subalterno y generalmente responden

a las instancias e instituciones ejecutoras y controladoras de la sociedad, que imponen normas para explicar y narrar las diferentes realidades. Entre estos grupos hegemónicos y elitistas, indica Spivak (2003), se encuentran: 1. los grupos dominantes extranjeros, 2. los grupos dominantes indígenas en toda la India (se hace referencia a la India debido a que su estudio se basa en el caso de la India en particular, pero por analogía puede relacionarse con otros espacios geográficos y políticos del mundo), 3. los grupos dominantes indígenas regionales y locales, y 4. los grupos sociales que integran al “pueblo” y a las “clases subalternas” (323).

La autora señala que se hace imperiosa la necesidad de contar con nuevas prácticas textuales para deconstruir y reconstruir la episteme tradicional de la sociedad occidental, con las cuales sea posible integrar y reflejar las diferentes realidades. Spivak (2003) insiste en que se debe concebir al sujeto subalterno como heterogéneo y brindar una concepción de pueblo que “pueda ser únicamente una identidad –en diferencia” (322); de allí la dificultad por parte del intelectual, pues la manera de representar al subalterno no es clara. Nuevamente plantea interrogantes sobre cómo dotar de voz al subalterno: ¿qué taxonomía puede fijar tal espacio?, ¿cómo podemos tocar la conciencia del pueblo?, ¿con qué voz de la conciencia puede hablar el subalterno?

El problema de la representación al que hace alusión Spivak (2003) cuando habla sobre las dos posibles formas en las que la voz letrada puede representar al sujeto subalterno también es de interés para este estudio. Por un lado, la autora indica que mientras la representación puede implicar “hablar por

otro” o “a favor de otro”, como sucede cuando el intelectual intenta hacer concientización, a nivel sociopolítico, sobre el sujeto subalterno mediante una representación (*verteten*) que sustituye al sujeto social y su conciencia (*vertretung*), por lo que, en este caso, el intelectual se convierte en el apoderado del subalterno, hasta ser concebidos como agentes paternos y de poder. Por otro lado, Spivak (2003) señala que también existe la re-presentación, la cual se basa en re-presentar al otro, según los términos en arte y filosofía; por consiguiente, el tipo de conciencia que se procura alcanzar se lleva a cabo mediante el *darstellen* (el retrato de ese alguien) y el *darstellung* (la escena del mundo en representación en la escritura). Cabe destacar que aunque la autora indica que este segundo tipo de representación “disimula la escogencia y la necesidad de “héroes”, de delegados paternos, agentes de poder” (314), “más allá de ambas es donde los sujetos oprimidos hablan, actúan y conocen por sí mismos” (310).

Spivak (2003) también hace referencia a la problemática de la mujer y la subalternidad en su ensayo. La autora afirma que la figura femenina ha sido un sujeto históricamente mudo: “Si en el contexto de la producción colonial el subalterno no tiene historia y no puede hablar, el subalterno femenino está aún más profundamente en tinieblas” (328). Asimismo, asegura que la voz de la conciencia femenina ha sido silenciada:

En busca de aprender a hablar –más que escuchar a o hablar por– al sujeto históricamente enmudecido de la mujer subalterna, el intelectual poscolonial sistemáticamente “desaprende” el privilegio femenino. Este desaprendizaje sistemático implica

aprender a criticar el discurso poscolonial con las mejores herramientas que este pueda proveer y no simplemente sustituyendo la figura perdida del colonizado. De este modo, el cuestionar la incuestionada mudez de la mujer subalterna incluso dentro del proyecto antiimperialista de los estudios subalternos no es, como Jonathan Culler sugiere, “producir diferencia difiriendo”. (Spivak, 2003, 340)

Las maneras de construir la represión en torno a la mujer poscolonial son estudiadas por Spivak (2003). La autora no solo indaga lo que ella llama “la fabricación de la represión”, sino también la contranarrativa construida de la conciencia de la mujer, del ser mujer, de ese modo de ser bueno de la mujer, del deseo de la buena mujer y del deseo de la mujer. Lo que propone, por tanto, es promover la toma de conciencia de la mujer subalterna en un intento de construir una narración alternativa de la conciencia femenina.

2.2. El malestar en los Estudios Culturales de Néstor García Canclini

Algunos de los aportes de Néstor García Canclini (1997), en cuanto al trabajo del especialista en los Estudios Culturales, son de vital importancia para evidenciar la discusión que se entabla en la novela en estudio. Uno de los aspectos de mayor relevancia es la función del intelectual. Según él (1997), el especialista en Estudios Culturales no debe estudiar el mundo desde identidades parciales (metrópolis, naciones periféricas o poscoloniales, élites, grupos subalternos, disciplinas aisladas), sino desde las intersecciones.

(...) conviene desplazarse entre las categorías de contradicción y conflicto están, por lo tanto, en intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan. Sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales (o francamente sectarias) a la elaboración de conocimientos capaces de deconstruir y controlar los condicionamientos de cada enunciación. (7)

Lo principal es “combinar –la significación y los hechos, los discursos y sus arraigos empíricos. En suma, se trata de construir una racionalidad que pueda entender las razones de cada uno y la estructura de los conflictos y las negociaciones” (7). Su objetivo final, por consiguiente, no es representar la voz de los silenciados, sino entender y nombrar los lugares donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto con los otros. Las categorías de contradicción y conflicto están, por lo tanto, en el centro de esta manera de concebir los estudios culturales.

Paul Ricoeur, citado por García Canclini (1997), sugiere pasar del énfasis sobre la identidad a una política de reconocimiento:

En la noción de identidad hay solamente la idea de lo mismo, en tanto reconocimiento es un concepto que integra directamente la alteridad, que permite una dialéctica de lo mismo y de lo otro. La reivindicación de la identidad tiene siempre algo de violento respecto del otro. Al contrario, la búsqueda del reconocimiento implica la reciprocidad. (7)

2.3. La Revolución mexicana

Ellen Ruth Stanton (1943) señala que el periodo que conocemos como “la Revolución mexicana” inicia con Porfirio Díaz y su promesa de no reelección, pero una vez ganada la presidencia mantiene su posición de dictador de México durante 30 años. Bajo su administración, se estableció la paz interna y la nación se recuperó de los efectos de sus innumerables revoluciones y guerras anteriores. Además, se organizó una forma de gobierno centralizado, gracias al cual Porfirio Díaz pudo dominar todas las ramas de la administración pública en el gobierno federal y en todos los estados de la república.

La autora señala que otros de los logros de su régimen son que reorganizó las finanzas del país, y aumentó la riqueza pública y privada de la república; estableció relaciones con los otros gobiernos del mundo; protegió a los capitalistas extranjeros que vinieron a México atraídos por las concesiones liberales que les otorgaron; se preocupó por la construcción de ferrocarriles, telégrafos y otras obras públicas y se hizo amigo de la iglesia, por lo que le devolvió la propiedad que recientemente había sido confiscada.

La distribución de la tierra, las mejores condiciones de trabajo, la no-reelección, y el fin del régimen autoritario se volvieron así, parte del discurso revolucionario gubernamental. Automáticamente se llegaba a la conclusión de que no eran necesarios nuevos levantamientos o nuevas rebeliones, puesto que la Revolución, ahora en el gobierno, se ocupaba de estos problemas. La Revolución hecha gobierno se volvía

ahora responsable de la construcción de un México para todos, incluyendo a los indígenas, los campesinos, los obreros y, por supuesto, las mujeres. Los patriarcas de esta gran familia, políticos en el gobierno, eran los responsables de la consecución de estos objetivos. Los hijos, y particularmente las hijas, sufridas, abnegadas y trabajadoras, debían obedecer y postergar sus necesidades específicas en pro del bien colectivo y de la construcción de ese país mítico. (Molina, 2009, 11)

De este modo, los ideales y presupuestos en los que se ha basado la historia de la Revolución parecían haberse hecho realidad. Todo por lo que se había luchado durante tantos años se reflejaba en ese mítico país mexicano. La fórmula que Porfirio Díaz había empleado era simple: Paz, orden y progreso. No obstante, estos beneficios solo llegaban a las clases privilegiadas, los capitalistas extranjeros, el clero y los grandes propietarios.

A pesar del progreso material del país, el bienestar económico de los obreros y las clases humildes no conoció una verdadera mejoría (...) porque la voluntad del gobernante era la ley. El gobierno aplicaba la autoridad llamada pan y palo, es decir, la represión constante y a veces brutal para todo lo que fuera en contra del orden y del gobierno (...) los atentados en contra de la libertad de la prensa; la consignación de delincuentes al servicio de las armas, mezclando a criminales con responsables de faltas leves y víctimas de persecución injusta; y finalmente, las violencias sangrientas en contra de los primeros brotes de organización obrera. (Stanton, 1943, 32)

Como resultado, la aparente y fugaz victoria del pueblo fue burlada, en vez de afirmar y continuar la reforma, Porfirio Díaz siguió un camino de retroceso. Así, mientras los terratenientes se hacían de haciendas cada vez más grandes, las clases proletarias, humildes e indígenas fueron quienes más sufrieron: “El indio, despojado de su tierra, obligado a trabajar largas horas, reducido a un estado de irremediable deudor del dueño, y sujeto a su menor capricho, se encontró en una situación miserable” (Stanton, 1943, 33).

Después de treinta años en el gobierno el régimen de Porfirio Díaz parecía indestructible, pero en 1910 habría de enfrentar una revolución que lo hará desaparecer, cuya fuerza se basaba “en el apoyo de la opinión pública más que en las armas” (Stanton, 1943, 33) y que responde a intereses políticos y, principalmente, busca reivindicaciones sociales. La búsqueda y lucha por el México soñado no había terminado aún.

3. La subalternidad en Jesusa Palancares

En aras de comprobar que la protagonista de *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska es un sujeto subalterno, según la definición aportada por Spivak (2003), se describe seguidamente el proceso mediante el cual la voz enunciativa de esta novela testimonial se construye a partir de estructuras lingüísticas y el léxico perteneciente al registro de la oralidad; asimismo, se detallan los rasgos que caracterizan a Jesusa Palancares como un sujeto marginalizado a lo largo del relato.

3.1. Oralidad en el discurso del subalterno

En el caso de *Hasta no verte Jesús mío*, la oralidad se refleja desde el mismo nombre de la protagonista, pues a pesar de llamarse María de Jesús, nunca responde a dicho nombre; es decir, el personaje se configura identificativamente a partir de su apodo, Jesusa, derivado de su segundo nombre “Jesús”. La vida de esta mujer estará marcada, así, desde su nombramiento. Ella es una versión humilde, precaria y desvalorizada de su mismo nombre, con el que nunca llegará a sentirse identificada, ya que ella no es María de Jesús, sino Jesusa Palancares.

El léxico que se emplea en los múltiples diálogos y conversaciones del texto responde al registro oral igualmente. El vocabulario con el que Jesusa y la gran mayoría de los personajes se expresan es con palabras soeces, del habla informal, mal empleadas según la norma, también abunda el uso de refranes y los localismos. En la siguiente cita el personaje principal de la novela relata una de las muchas confrontaciones que tiene durante su juventud, esta vez con un agente de la policía, donde se evidencian estos rasgos característicos de la oralidad en el habla de Jesusa Palancares:

Quiso jalarme y entonces le metí una zancadilla y se fue rodando por la escalera. Se atrancó en el descansano y allí me le fui encima a cachetadas y a mordidas. Le bajé los pantalones, que me agacho y que me le cuelgo del racimo. ¡Daba unos gritos! Al final lo aventé después de darle una buena retorcida, El tecolote ya ni aleteaba, lo único que quería era que yo lo soltara. Se fue

corriendo, tapándose con los pedazos de chaqueta y nos dejó la gorra de recuerdo con todo y número. (Poniatowska, 1999, 282)

En el fragmento anterior se evidencia el uso de un lenguaje sumamente coloquial como “racimo”, “tecolote” y “ya ni aleteaba”, reflejo de un variante popular y hasta vulgar en ocasiones. Otro ejemplo del léxico que se hace uso en la novela es el siguiente fragmento del texto, donde Jesusa, ya como una anciana, cuenta una de sus últimas aventuras con respecto a la amistad.

Una me lleva el coyote, no me lleva dos. Hay personas que se pelean y se hablan y se vuelven a pelear y otra vez se contentan. Para mí es una pura fregadera, un estira y afloja, un quita y pone. Yo no le entro. ¡Yo no le entro! (Poniatowska, 1999, 407)

Otro rasgo de la oralidad que impera en el texto es el uso de diálogos, coloquios y conversaciones:

— ¡Véngase para acá, ándile! (...) ¿Qué no se llenó? Como no se llenó, ahora se va a llenar. ¡Ándile, acábase su taco y embúchese todo lo que le voy a dar!

— No puedo.

— ¡Ahora se lo acaba! Para que se le quite la manía de andar como perro en las puertas.

Allí lo tuve sentado y yo con un palo en la mano.

—Tú no te acabas eso y yo te agarro a palos. ¡A ver qué prefieres!

—No puedo.

Se puso a llorar porque no hallaba cómo acabarse aquel montón de frijoles.

—Ándile. Allí está la cuchara y a cucharada o a como pueda, pero usted se lo zampa. (Poniatowska, 1999, 372)

Esta predominancia del registro oral en la novela refleja la falta de educación de la protagonista, quien nunca asistió a la escuela, por lo que no sabe leer ni escribir. Medeiros-Lichem (2012) señala que la oralidad está asociada con “las culturas pre-letradas en que los ‘moldes de pensar y de expresión’ (...) difieren básicamente de los de la palabra escrita, en cuanto no se someten a los patrones de razonamiento y análisis de las culturas letradas” (párr. 1). Dicha situación se refleja en la novela de Poniatowska, pues en reiteradas ocasiones Jesusa hace referencia a la educación y su importancia:

(...) por culpa del maldito protestantismo no me mandaron a la escuela sino con las monjas que no me enseñaron nunca a escribir ni a leer. Nomás a rezar. A las condenadas monjas yo les echo rayos y centellas porque me hincaban en unos balcones por el lado de la calle, sobre unos montoncitos de frijoles, o maíces o garbanzos y si no sobre granitos de hormiguero, y en la mera choya me ponían las orejas de burro (...) A mí el rezo no me interesa, al menos el rezo de aquella época. Una que otra palabra me acuerdo. Lo que yo quería era que me enseñaran a leer pero no se preocuparon. Ahora ¿ya para qué? Ya voy para el camposanto. Eso, si alcanzo camposanto. (Poniatowska, 1999, 68-69)

Cabe destacar que a pesar de que la oralidad ha sido considerada como un registro desprestigiado de representación, de concebir y transmitir el saber y el conocimiento, e incluso se equipara con la marginalidad en ocasiones; mientras, el discurso escrito está relacionado con el poder que se otorga al significado, a la interpretación y a la representación de un texto, que se asienta en sistemas de valoración sancionados por una cultura oficial, lo cierto es que la autoridad de un texto no es determinada por el registro escrito. Susan S. Lanser, citada por Medeiros-Lichem (2012), postula que la autoridad de un texto nace en la interacción entre elementos sociales, como las comunidades receptoras y los recursos retóricos de la narración: la autoridad discursiva debe concebirse como “la credibilidad intelectual, la validez ideológica, y el valor estético que se confiere a una obra, autor, narrador, personaje, o práctica textual” (párr. 1). Esta concepción es de vital importancia en el caso de la novela en estudio debido a que casi la totalidad del texto responde al registro oral, lo cual no disminuye de ninguna manera la credibilidad intelectual, la validez ideológica ni su valor estético.

Por el contrario, gracias al empleo de este registro oral, es posible percibir a los personajes a través de sus propias voces, sin el uso de intermediarios, lo cual otorga un mayor grado de credibilidad y espontaneidad al texto, ya que el lector se entera de los hechos (cómo, cuándo, dónde y quién) por los mismos personajes, sin explicaciones adicionales debido a que el estilo es directo. Por tanto, de cierta forma, el lector se convierte en un espectador de los acontecimientos. De hecho, Martínez

(2003) asegura que este texto logra entrecruzar la novela testimonial con la ficcional gracias a que se apoya en las formas orales populares; de allí que la denomine “literatura oral” señala que se nutre de “los lenguajes vivos y de la cultura popular” (112).

La oralidad discursiva de esta novela testimonial en lugar de disminuir el valor literario y académico, lo aumenta en tanto se configura como una herramienta que permite la representación y la validación como un género documental. A lo anterior se le suma que la predominancia de la expresión oral en el subalterno responde, en este caso, a lo que García Canclini (1997) ha llamado “una política de reconocimiento”.

De este modo, y de acuerdo con la política de reconocimiento a la que hace referencia García Canclini (1997), puede concluirse que cuando Elena Poniatowska hace uso de esta oralidad no intenta apropiarse del discurso del subalterno; por el contrario, parece ser que su propósito es reconocer y tratar de mantener la alteridad de su informante. Por ello, durante toda la novela se evidencia que la autora conserva una posición o lugar de enunciación diferente al de su interlocutora, Josefina Bórquez, cuya voz está estructurada a partir de la oralidad del discurso; debido a ello, el diálogo que se construye en el texto refleja el interés de Poniatowska por constituirse como alguien que edita la materia prima (las entrevistas entabladas con Josefina Bórquez), pero no trata de reconstruirlas ni interpretarlas desde su punto de vista. De allí que esta novela testimonial se configura a partir de un triple proceso de enunciación, aspecto que se discute ampliamente más adelante.

3.2. Marginalización del personaje de Jesusa Palancares

Jesusa Palancares es la protagonista del texto *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska. El relato inicia cuando la voz enunciativa le explica al lector que ha tenido varias vidas y reencarnaciones; sin embargo, de todas ellas, la tercera ha sido la más terrible, pues anteriormente había sido reina y ahora es una criatura miserable, lo cual refleja que ella está consciente de su condición de ser marginal. Después, se relata el desarrollo de la vida de Jesusa, desde su infancia hasta culminar con su vejez, en espera de su muerte, del encuentro con Jesús. Esta niña, joven, mujer y anciana llamada María de Jesús es la cara misma de la desgracia y de la marginalización; ella representa una gran cantidad de experiencias vivenciales paupérrimas dentro del contexto de la Revolución mexicana, sus fieles compañeras son la soledad y el hambre, quienes no la abandonarían ni por un instante durante toda su existencia.

Desde su infancia, Jesusa se enfrenta a condiciones de vida de empobrecimiento. Jesusa es huérfana desde muy pequeña y su padre acostumbra abandonarlos por largos periodos, así que ella y sus hermanos se crían como animales salvajes. En reiteradas ocasiones hace referencia a la pobreza en la creció junto con sus hermanos mientras vivían en su tierra natal:

Como mi papá no tenía medio de comprarme nada, mis juguetes eran unas piedras, una flecha, una honda para aventar pedradas y canicas que él mismo pulía. Buscaba mi papá una piedra que fuera gruesa, dura, una piedra azul, y con ella redondeaba y

limaba otras piedritas porosas y salían las solitas a puro talle y talle. Los trompos de palo me los sacaba de un árbol que se llama pochote y ese pochote tiene muchas chichitas. Escogía las más grandes para hacerme las pirinolas y nomás le daba yo una vuelta y ya bailaban. Y mientras giraban yo fantaseaba, pensaba no sé qué cosas que ya se me olvidaron o me ponía a cantar. Bueno, a cantar cantar, no, pero sí me salían unas como tonaditas para acompañar las pirinolas. (Poniatowska, 1999, 24)

Durante su niñez también enfrentó situaciones de violencia y agresión física cuando su madrastra la golpeaba para “enseñarle”, lo cual siempre ha agradecido Jesusa porque considera que si ella no hubiera aprendido a sufrir durante ese tiempo, no hubiera sobrevivido todo lo que tuvo que enfrentar a lo largo de su existencia terrenal. La época en la que más sufre es, sin embargo cuando se casa con Pedro sin amor ni interés alguno. Con él pasará los peores años de su vida mientras, paralelamente, también es el periodo durante el cual participa más estrechamente en la Revolución mexicana.

En poder de mi marido nunca me bañé porque ¿con quién andaba quedando bien? Y no podía voltear a ver a nadie ni me podía cambiar ni me podía peinar (...) si de chiquilla andaba mugrosa y piojosa, con mi marido se me agusanó la cabeza. Él me pegaba, me descalabraba y con las heridas y la misma sangre me enllagué y se me acabó el pelo que era largo y rizado. Allí en la cabeza estaba la plasta de mugre y allí seguía,

porque yo no me podía bañar ni me podía cambiar, así que sufrí como Santa María en los desiertos. ¿Iba yo a tener voluntad de quererlo? Le cogí turría, le agarré inquina. Con un cuchillo me podía raspar la mugre del vestido todo el tiempo aunque él me llevaba mucha ropa, pero no me la podía poner. Me la compraba donde nos detuviéramos para presumir con los soldados y con las mujeres. (Poniatowska, 1999, 127)

Es tanto el dolor que sufre Jesusa durante su matrimonio con Pedro que después de que este muere nunca vuelve a involucrarse con ningún hombre. Ciertamente, desde la infancia, Jesusa es sujeto de penurias y desgracias, las malas experiencias que tiene con su madrastra, siendo explotada en los trabajos de sirvienta que desempeñó y después cuando se casa con Pedro, a los 13 años, son solo algunos de los pesares por los que ha tenido que pasar. No obstante, ella misma no considera estas vivencias tragedias como tales, pues tener hambre, sufrir agresiones, abusos, golpes, abandono, etc., es lo normal: “El cuerpo está acostumbrado a la necesidad de la vida. Me aguantaba. El coraje, eso me sostenía. Toda mi vida he sido mal geniuda, corajuda. Si no comía, pensaba: “Bueno, pues al cabo yo no tengo hambre” (Poniatowska, 1999, 143).

Vale la pena reiterar que Spivak (2003) define al sujeto subalterno como quien forma parte de los grupos oprimidos y sin voz, el proletario, los campesinos y, especialmente, las mujeres. La autora destaca que en el caso de las mujeres históricamente se ha marcado aún más la ausencia de voz. Asimismo, indica que una forma de “fabricación

de la represión” ha sido la construcción de una narrativa de la mujer, donde la figura femenina se relaciona con la conciencia de la mujer, de ser mujer, de ese modo bueno de ser mujer, del deseo de la buena mujer y del deseo de la mujer. Pues bien, en *Hasta no verte Jesús mío*, la protagonista ciertamente es un sujeto subalterno, pero uno subversivo en cuanto se niega con todas sus fuerzas a ser vista como una mujer buena, ni mucho menos como una mujer del deseo. Por tanto, Jesusa Palancares se niega a cumplir con el rol romántico tradicional de la mujer.

En reiteradas ocasiones Jesusa se describe a sí misma como una indígena, pequeña y fea, quien nunca tuvo ningún interés por los hombres. De hecho, durante el relato de las vivencias de Jesusa se citan diversos pretendientes que tuvo, pero ella nunca los tomó en serio; nunca le interesaron esas cosas, ni siquiera por Pedro, su esposo, llegó a tener ese tipo de sentimientos. Lo único que le interesaba era cantar, bailar y tomar licor, quien osara propasarse con ella tendría que enfrentar las duras consecuencias de sus golpes, patadas y hasta mordiscos. Por consiguiente, rompe con la costumbre de la época. En las siguientes citas se destaca la manera en que Jesusa se visualiza físicamente y cuál es su sueño imposible:

Yo tengo la cara quemada del sol pero no soy prieta, pero ella sí era oscura de cuerpo y cara. Salió más indita que yo, dos sacamos el color de mi papá y los otros dos fueron prietitos. Efren y Petra, Emiliano y yo, mitad y mitad. (Poniatowska, 1999, 40)

Yo no era bonita, era lo que menos tenía y he tenido. Que me dijeron la reina Sóchil, era un dicho, una plática, pero que no me echaran flores ni que me chulearan nada porque me daba vergüenza. Al contrario, yo más bien quería hacerles de hombre, alzarme las greñas, ir con los muchachos a correr gallo, a cantar con la guitarra cuando a ellos les daban su libertad. (Poniatowska, 1999, 92)

Jesusa, durante toda su vida, siente que es muy poca cosa porque tiene rasgos indígenas, es pobre y nunca aprendió a leer ni a escribir. En la última cita se evidencia que Jesusa, a pesar de ser un sujeto subalterno, es una mujer subversiva, pues se niega rotundamente a permanecer en silencio, en ser una mujer buena, y en ser un objeto del deseo masculino. Por el contrario, su deseo es ser como los hombres libres, alegres y despreocupados. No obstante, hasta el día de su muerte, Jesusa nunca logrará deshacerse de su subalternidad, pues considera que mientras sea un ser marginal, siempre será también alguien sin valor alguno:

Mientras tanto sigo iyendo al taller a hacer limpieza. Apenas puedo subirme al camión de tanto que me duelen las corvas, pero nunca he dejado de trabajar ni porque me ande cayendo. Nunca. Desde chiquilla, así me acostumbraron, así es de que para mí, no hay enfermedad que valga. Me quedo sola con mis ay, ay, ay, y ni quien me oiga. A nadie le doy lata. Digo “¡Ay!”, pero aquí sigo en estos mundos de Dios, lavando mis overoles, limpiando

los metales de la imprenta con gasolina, acomodando las cubiertas buenas y tirando las defectuosas, escombrando mi casa, iyendo al establo por la leche, aunque ya sé que no hay remedio para mí. No tengo ni un cachito bueno; estoy vieja, vieja, vieja, todo es vejez. Si Jesucristo se quejó porque no pudo aguantar, cuantimás yo que no soy más que basura. (Poniatowska, 1999, 411)

Por consiguiente, el personaje de Jesusa Palancares está permeado por la marginalidad, en tanto es sujeto de pobreza, hambres, fríos, suciedad y agresiones físicas y verbales. El personaje principal de esta novela se configura y sustenta a partir de su ser marginal. No cabe duda de su marginalidad ni de su poca valía, pues ella misma sabe su condición de “poca cosa”. No obstante, existe un aspecto en el que Jesusa se ha negado a cumplir de esta concepción de marginalidad. Ella no es mujer de deseo; no acepta ser vista como un objeto ni tampoco acepta sucumbir al romanticismo casi inherente al género femenino. De allí que Jesusa nunca se haya enamorado ni tampoco haya sido madre, ya que sus deseos y aspiraciones nunca fueron esas. Al respecto, Lemaître (1981) asegura que Jesusa es una de las pocas mujeres de la literatura mexicana que “no se dejaron” (751), debido precisamente a que no sigue las normas establecidas por la sociedad patriarcal de la época. Así, por ejemplo, Jesusa no busca realizarse a través de los niños que crió (como es el caso de Perico) (754) y percibe el matrimonio como la pérdida de libertad, no hay cariño ni ternura por su parte (757).

4. Proceso de enunciación de la novela

Quien ha leído esta novela, posiblemente se ha dado cuenta que pareciera ser que hay una doble autoridad textual que relata la historia, es decir, existen aparentemente dos interlocutores en este texto; sin embargo, lo cierto es que en esta novela testimonial de la Revolución mexicana hay realmente tres voces enunciativas, las cuales responden a los tres tipos de descripciones que se hacen en el texto: entrevistadora, testigo y el personaje literario. La primera voz enunciativa es la de Elena Poniatowska, quien es la autora y entrevistadora; en segundo lugar, está Josefina Bórquez, quien es la informante; y, en tercer lugar, está Jesusa Palancares, quien es el personaje literario de la novela y en ella habitan tanto la voz letrada de Poniatowska como la voz subalterna de Bórquez. Dicho de otro modo, la misma construcción de la novela se configura a partir de una conversación que se entabla entre Elena Poniatowska y Josefina Bórquez, el resultado o creación de ese diálogo es Jesusa Palancares. De allí que la totalidad del texto sea fácilmente percibida como un coloquio bilateral, como lo llama Urritia (1979), donde se da un diálogo entre dos interlocutores que intercambian alternativamente los roles de emisor y receptor.

Hasta no verte más Jesús mío, de Elena Poniatowska, ha sido rotundamente aceptada como novela testimonial. Su aceptación proviene, en gran medida de las advertencias de la autora misma cuando celebró la publicación de esta novela revolucionaria. Se ha considerado, a través

de las muchas entrevistas ofrecidas por la autora, que su novela surge como producto de la transcripción de las horas de entrevistas sostenidas con la protagonista, Jesusa Palancares, una lavandera que la inspira con su historia, que relata mientras completa su existencia. Si bien este acercamiento crítico sirve de andamiaje —sobre todo en su aspecto lingüístico— para el estudio de la novela, el mismo acercamiento deja ambigua la relación experimentada entre la autora y la protagonista-testigo. También es ambigua la relación entre la autora y su creación. (Kushigian, 1987, 667)

De este modo, la construcción de la novela se basa en la serie de entrevistas que entabla Elena Poniatowska con Josefina Bórquez; como resultado, la novela reproduce un tipo de diálogo donde cohabitan voces que divergen en un mismo espacio de enunciación. Este diálogo que se entabla reclama constantemente una respuesta y esa respuesta solo el lector la puede dar, pues “El hecho de que se pueda tratar de un texto que se basa en experiencias verídicas influye poderosamente en la disposición del lector y en la manera como este reacciona frente al personaje” (Lagos-Pope, 1990, 243).

Una de las partes de la novela donde se hace más evidente este diálogo entre las enunciaciones es en el epígrafe:

Algún día que venga ya no me va a encontrar; se topará nomás con el puro viento. Llegará ese día y cuando llegue, no habrá ni quién le dé una razón. Y pensará que todo ha sido mentira. Es verdad, estamos aquí de a mentiras: lo que discuten

en la radio son mentiras, mentiras la que dicen los vecinos y mentira que me va a sentir. Si ya no le sirvo para nada, ¿qué carajos va extrañar? Y en el taller tampoco. ¿Quién quiere usted que me extrañe si ni adioses voy a mandar? (Poniatowska, 1999: 10)

Este fragmento termina con la firma de la misma Jesusa, lo cual implica que es uno de los fragmentos que Poniatowska ha conservado íntegros de sus muchas conversaciones. Sin embargo, es muy probable que desde este primer párrafo le surjan varias preguntas al lector como ¿a quién se dirige Jesusa?, ¿quién es la persona que no la va a encontrar ni extrañar?, ¿por qué asevera con tanta seguridad que todo es mentiras?, ¿cuál es el contexto de enunciación?, ¿por qué afirma que ella no sirve para nada? Estas interrogantes irán respondiéndose a lo largo de la novela; no obstante, hay una que persiste: ¿quién quiere usted que me extrañe si ni adioses voy a mandar?

En los referentes teóricos se hizo alusión a la advertencia que hace Spivak (2003) al intelectual: si la voz letrada trata de hablar y representar a la alteridad, el subalterno hablará físicamente, pero su habla no adquirirá un estatus de habla, ya que no ocupa una posición discursiva desde la que pueda hablar o responder. Este, claramente, no es el caso de Elena Poniatowska en *Hasta no verte Jesús mío*. Como se mencionó anteriormente, gracias a que Poniatowska hace uso de un discurso oral en esta novela, se evidencia que su interés es mantener la veracidad de Jesusa Palancares y, por tanto, intentar re-presentar a su informante, Josefina Bórquez, de la manera más fiel posible.

En esta estructura dialógica es en donde se halla la voz del subalterno, ya que estas se configuran como las intersecciones que García Canclini (1997) llama a los espacios conflictivos, como es el caso de la triple enunciación, así se escucha la viva voz del subalterno. No se vislumbra, por tanto, en Elena Poniatowska un interés por apropiarse del discurso del subalterno, sino más bien de dotarla de voz para que pueda dar su punto de la historia, desde su lugar y contexto de enunciación.

Medeiros-Lichem (2012: párr. 6) no solo concuerda con la idea expresada anteriormente, sino que asevera que en esta novela Poniatowska:

introduce la “voz de los oprimidos” al canon literario latinoamericano. La ficción de las mujeres ha evolucionado al punto de que la protagonista de esta obra, Jesusa Palancares, es una mujer marginada que alcanza la posición de sujeto hablante en una narrativa que desmistifica los ideales de la revolución mexicana e inscribe la ideología del subalterno en el texto oficial. La escritura de Poniatowska logra incorporar las voces del “otro” mexicano, a través del diálogo con los que sufren de opresión, hambre o pobreza. En este aspecto, la autora sigue las pautas iniciadas por Rosario Castellanos en su rol de agente intercultural y su novela marca un avance en la representación del marginado en el discurso literario latinoamericano.

Cabe destacar que cuando se habla del “otro” mexicano, se trata del subalterno, es decir, quien es marginalizado y forma parte de la periferia por

su clase social, género, raza o idiosincrasia, quienes tradicionalmente han sido privados de voz y de poder. Jesusa es ese “otro” mexicano, quien es rechazado por los de su misma clase incluso porque los abusos y agresiones que sufre Jesusa no son actos exclusivos de los grupos hegemónicos en poder, sino que los mismos mexicanos son quienes la han tratado peor, como una extraña: “Hasta la fecha entiendo el japonés, el catalán, el francés, el inglés porque trabajé con gringos. Como quien dice, trabajé con puros extranjeros y los de aquí siempre me han tratado como extraña” (Poniatowska, 1999, 79).

En Elena Poniatowska se ve la intención solidaria que caracteriza al intelectual comprometido; en su obra no se muestra a un intelectual hablando por los oprimidos, pues, como advierte Spivak (2003), de hacerlo estaría reforzando la subalternidad y la opresión que existe sobre ellos.

El texto de *Hasta no verte* es un encuentro de dos fragmentos de la cultura mexicana. Hay una autoría doble en que la voz es genuinamente de Jesusa, pero donde la autora edita su relato oral. El texto reproduce su imaginación, su filosofía de vida, su discurso sobre la revolución mexicana, su crítica de la carestía de la vida, su lucha por sobrevivir. En una situación social de desigualdad e injusticia, la narración autobiográfica de Jesusa proyecta un carácter rebelde e independiente que se resiste a la explotación. El texto de Poniatowska reproduce una pluralidad de voces que incluyen las voces de la periferia en tensión con las voces del discurso oficial y político en un

lenguaje heteroglósico. Es en esta intersección cultural donde es importante preguntarse en qué medida puede el oprimido acceder al lenguaje para expresar su realidad. (Medeiros-Lichem, 2012: párr. 20)

Spivak (2003) también advierte que estos grupos proletarios, campesinos, mujeres, etc., que conforman la periferia, han sido silenciados por lo que ella denomina “violencia epistémica”, la cual hace referencia al monopolio y dominio de la producción del conocimiento por parte del intelectual. No obstante, en el caso de esta novela testimonial, no pareciera ejercer violencia epistemológica, sino que lo que hace la autora al re-presentar (según términos de Spivak (2003), implica hacer un retrato de alguien desde la escena del mundo en representación en escritura) al sujeto subalterno y dotándolo de voz, es enaltecer la constitución de una voz que no la hace menos. La voz de Jesusa es igualmente válida que la de Elena Poniatowska; por ello, durante los múltiples diálogos que entablan se entrecruzan en estas zonas de conflicto o intersecciones, García Canclini (1997); aquí es donde “los sujetos oprimidos hablan, actúan y conocen por sí mismos” (Spivak, 2003, 310).

5. Contranarrativa de la Revolución mexicana

Una parte importante de la caracterización que Spivak (2003) hace del sujeto subalterno es que se trata de quien es poseedor de una política de oposición auténtica que no responde y se diferencia de manera radical del movimiento nacionalista. Este lugar

de enunciación desde la oposición del movimiento nacionalista se evidencia en el personaje principal de la novela *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska. El discurso de Jesusa Palancares implica una contra narrativa de la Revolución mexicana, ya que durante toda la novela intenta desmentir los ideales en los que está basada y describe a los revolucionarios como ladrones, seres despiadados que asesinan sin compasión, blasfemos y violadores:

—Un chiquero de puercos... Quemaron los maizales... Saquearon la iglesia; entraron al templo con todo y caballos... Les cortaron la cabeza a los santos... ¡Cargaron con todo! Dicen que las calles están manchadas de sangre... (Poniatowska, 1999, 165)

A mí esos revolucionarios me caen como patada en los... bueno como si yo tuviera güevos. Son puros bandidos, ladrones de camino real, amparados por la ley. (Poniatowska, 1999, 179)

En los fragmentos anteriores se muestra que los sueños de una República mexicana justa, donde blancos, indígenas, obreros, campesinos, extranjeros y mujeres sean tratados de igual forma, donde la distribución de las tierras sea equitativa, donde se privilegie la educación y donde los gobernantes no sean dictadores que rijen con la ley de pan y palo a la que hace referencia Stanton (1943, 32), no se han logrado con la revolución como todos lo piensan. Son mentiras, todo “lo que discuten en la radio son mentiras, mentiras las que dicen los vecinos” dice Jesusa Palancares. Por el contrario,

tal como señala González (1961, 630) posterior a la caída de Porfirio Díaz, surgió una época de marcada inestabilidad política. De allí que Jesusa asegure en más de una ocasión que ahora que la revolución está en el poder las cosas son peores y que la corrupción, las muertes, la violencia, los vicios y las injusticias han aumentado. La desigualdad sigue imperando, solo que ahora los que están arriba, en el poder, son los que una vez juraron luchar por el pueblo:

Era de esas gentes que como son mujeres de policías se creen que tienen el palo y el mando y se cogen lo que les conviene. Hasta la fecha son muy rateros los gendarmenes. Son más sinvergüenzas que los rateros porque ni siquiera exponen su vida y no hay quien se los lleve presos, ni modo que unos a otros. La gente, con tal de que no se la lleven, le da a los policías todo lo que piden. ¡Bandidos! (Poniatowska, 1999, 282)

A pesar de que Jesusa llama “perro asesino” a Porfirio Díaz, ella asegura que en la época de Porfirio Díaz las cosas estaban mejor:

Esa costumbre de robar la agarraron en la revolución porque antes el perro asesino de Porfirio Díaz no admitía robadero. Al que robaban, lo mataban, al que mataban, al que mataban al que destrozaba a una muchacha, lo mataban, al desertor lo mataban. Así es de que todo era puro matar. Él no andaba con que: “Dame tantos miles de pesos y vete a hacer otra, ¡ándale!” No. Había un poco de más terror. Se pensaba: “Si cometo una falta me matan, y mejor no”. (Poniatowska, 1999, 175)

Lo cierto es que durante toda la novela Jesusa hace fuertes críticas a quienes apoyan y han participado en la Revolución; no obstante, se debe tomar en cuenta que, desde niña, ella ha estado envuelta en la revolución, lo cual hace que su posicionamiento de espectadora y participante de los acontecimientos que relata adquieran mayor validez y credibilidad.

A nosotras las mujeres nos mandaban siempre de avanzada. Llevábamos enaguas largas y todas, menos yo, sombrero de petate. Yo nomás mi rebozo. No me calaba el calor. Si por casualidad nos entrábamos con el enemigo y nos preguntaba que qué cantidad de gente vendría de los carrancistas y si traían armamento suficiente, nosotros decíamos que no, que eran poquitos y con poquito parque; si eran dos mil o tres mil hombres, decíamos que eran mil nomás. Decíamos todo al revés, y ellos no se daban cuenta. (Poniatowska, 1999, 87)

La cita anterior hace referencia a los inicios de Jesusa en la Revolución, cuando por seguir a su padre decide entrar en los movimientos revolucionarios de la época, mientras en el siguiente fragmento se describe un episodio cuando ya es una joven mujer. Su padre y hermano han muerto por los ideales de la Revolución y el siguiente en morir y abandonarla por esta lucha es su esposo Pedro:

Combatimos todo el día; yo iba junto a Pedro cargándole el máuser. La tropa se había dispersado y nosotros seguíamos dale y dale, tumbando ladrones como si nada. Yo todavía le tendí el máuser cargado, y como

no lo recibía, voltié a ver a Pedro ya no estaba en el caballo. Como a las cuatro de la tarde mi marido recibió un balazo en el pecho y entonces me di cuenta de que andábamos solos. Lo vi tirado en el suelo. Cuando bajé a levantarlo ya estaba muerto con los brazos en cruz. No sangró mucho. Al ratito se nos juntaron los dos asistentes. Les dije que hicieran el favor de ayudarme y entre los tres lo amarramos en el caballo. El enemigo hizo otra descarga y volvió a atinarle a Pedro, como si quisieran rematarlo. Pero ya estaba bien muerto. (Poniatowska, 1999, 167)

Cuando Spivak (2003) aborda el tema de la violencia epistémica en su ensayo “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” hace referencia a que ese “conocimiento subyugado” responde a un conjunto total de conocimientos que es descalificado y se considera inadecuado o insuficientemente elaborado debido a que refleja conocimientos ingenuos, “localizados en la parte baja de la jerarquía, por debajo del nivel requerido de cognición o científicidad” (317). Pues bien, en esta novela, ese conocimiento subyugado es representado en la figura de Jesusa Palancares, quien, como se indicó anteriormente, es un sujeto subalterno y marginalizado; por eso, las aseveraciones y críticas que hace en reiteradas ocasiones no se validan ni son conservadas por la historia oficial. De allí que el discurso de Jesusa se considere una versión alterna a la que recoge la historia oficial, establecida por los grupos hegemónicos y elitistas mexicanos. Como consecuencia, el personaje principal de esta novela siempre siente que ella no forma parte

de los mexicanos, ella no se identifica con ellos, los mexicanos son extraños, son quienes la han tratado peor que los extranjeros, quienes la han abandonado y rechazado por ser quien es: una mujer, indígena, pobre, ignorante, en fin, por ser basura, como ella afirma:

Soy como los húngaros: de ninguna parte. No me siento mejicana ni reconozco a los mejicanos. Aquí no existe más que pura conveniencia y puro interés. Si yo tuviera dinero y bienes, sería mejicana, pero como soy peor que la basura, pues no soy nada. Soy basura a la que el perro le echa una mirada y sigue adelante. Viene el aire y se la lleva y se acabó todo... soy basura porque no puedo ser otra cosa. Yo nunca he servido para nada. Toda mi vida he sido el mismo microbio que ve... (Poniatowska, 1999, 288)

6. Lectura conclusiva

Hasta no verte Jesús mío de Elena Poniatowska es un texto que se caracteriza por tres elementos principales: responde al género popular, hace uso predominante del registro de la oralidad y es un texto testimonial. En el personaje de Jesusa Palancares es donde se reflejan estas características: ella es la representante de una gran cantidad de vivencias dentro del contexto de la Revolución mexicana, la cual intenta desmitificar a como dé lugar.

Ahora bien, la construcción que hace la voz letrada de la voz subalterna es particularmente especial en este caso, pues lo que se tiene en este texto es una construcción a partir de múltiples enunciaciones. Existe una triple enunciación que se da en esta novela

testimonial, gracias a lo cual se da un pacto dialógico entre el lector y la obra. De este modo, estos tres niveles de enunciación (escritora-entrevistadora-editora, informante-testigo-materia prima y personaje literario-obra textual-construcción de la subalternidad) confluyen en la voz de Jesusa Palancares. La complejidad de este proceso enunciativo conlleva a un dialogismo que crea conflictos ciertamente, lo cual permite que en estos espacios se identifique y, principalmente, se reconozca la existencia de la voz del subalterno.

Cabe destacar que la marginalización de Jesusa Palancares no hace que habite el silencio como tradicionalmente sucede con los sujetos subalternos, aún más tomando en cuenta que se trata de una mujer. El propósito de Elena Poniatowska es re-presentar al subalterno, tal cual se hace evidente; en ella no hay interés por apropiarse de su discurso ni convertirse en una voz letrada más que se configura como un agente paternal ni en poder, lo que le interesa es cumplir con lo que García Canclini (1997) ha llamado el “objetivo final del estudioso”: entender y nombrar los lugares donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto (haciendo referencia al subalterno), gracias a lo cual se establece un acuerdo comunicativo donde el lector se compromete a dar respuesta a las preguntas y situaciones planteadas en el texto.

Se concluye, por consiguiente, que el subalterno, representado por Jesusa, gracias a la intervención de Elena Poniatowska, sí puede hablar. Por ello, el texto se construye como un gran diálogo, donde interactúan las voces enunciativas de la voz letrada y el sujeto subalterno. Gracias a ello nace Jesusa Palancares, quien logra apoderarse de la palabra en más de una ocasión

para expresar su condición de oprimida, su marginalidad y desenmascarar el engaño de la Revolución de la que han sido víctimas. Esta es la versión de la historia que por pertenecer al subalterno no ha sido validada en la historia oficial, hasta ahora que Poniatowska ha permitido que Jesusa hable por sí misma.

Bibliografía

- García Canclini, N. (1997). El malestar en los estudios culturales. *Fractal* (6), 45-60. Recuperado de <http://www.mxfractal.org/F6cancli.html>
- González, M. (1961). La ideología de la Revolución Mexicana. *Historia Mexicana*, 10(4), 628-636. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/25135079>
- Herrero, M. (2008). *Bio-bibliografía de y sobre Elena Poniatowska Amor*. Universidad Complutense. Recuperado de http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/10592/1/ASN_11-12_26.pdf
- Kushigian, J. (1987). Transgresión de la autobiografía y el bildungsroman en *Hasta no verte Jesús mío*. *Revista Iberoamericana*, 53(140), 667-677. Recuperado de <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/4360/4528>
- Lagos-Pope, M. I. (1990). El testimonio creativo de “Hasta no verte Jesús mío”. *Revista Iberoamericana*, 56(150), 243-253. Recuperado de <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/download/4682/4846>
- Lemaitre, M. (1981). Jesusa Palancares y la dialéctica de la emancipación femenina. *Hispanamérica*, 131-135.

- Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20541935>
- Martínez, M. I. (2003). Lenguaje oral y marginalidad en “Hasta no verte Jesús mío”. *Confluencia*, 18(2), 112–124. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27922913>
- Molina, E. (2009). *Miradas que desnudan: Lecturas femeninas de la revolución mexicana* (Order No. 3459725). Available from ProQuest Dissertations & Theses Global. (876203497). Recuperado de <http://search.proquest.com/docview/876203497?accountid=28692>
- Poniatowska, E. (1999). *Hasta no verte Jesús mío*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el sujeto subalterno? *Revista Colombiana de Antropología* (39), 297-364. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105018181010>
- Stanton, E. (1943). *La novela de la revolución mexicana: Estudio relacionado con el movimiento literario y social* (Order No. DP31558). Available from ProQuest Dissertations & Theses Global: Literature & Language. (1655363391). Recuperado de <http://search.proquest.com/docview/1655363391?accountid=28692>
- Urrutia Cárdenas, H. (1979). Situación comunicativa y texto literario. *Revista Española de Lingüística Madrid*, 9(1), pp. 191-201. Recuperado de <http://www.sel.edu.es/pdf/ene-jun-79/urrutia-carrenas%2079.pdf>